

CAMILA SOSA VILLADA

LAS MALAS

colección rara avis



TUSQUETS
EDITORES

CAMILA SOSA VILLADA



© Catalina Bartolomé

Camila Sosa Villada nació en 1982 en La Falda (Córdoba). Estudió cuatro años de Comunicación Social y otros cuatro de la licenciatura de Teatro en la Universidad Nacional de Córdoba. En 2009 estrenó su primer espectáculo unipersonal, *Carnes tolendas, retrato escénico de un travesti*. En 2011 protagonizó la película *Mía*, de Javier van de Couter. En 2012 actuó en la miniserie *La viuda de Rafael*. En 2014 hizo en teatro *El bello indiferente*, de Jean Cocteau. En 2015 *Despierta, corazón dormido/Frida*. En 2016 *Putx madre* y en 2017 *El cabaret de la Difunta Correa* y la miniserie *La chica que limpia*. Tiene dos libros publicados: *La novia de Sandro* (poemas, 2015) y *El viaje inútil* (ensayo autobiográfico, 2018). Fue prostituta, mucama por horas y vendedora ambulante. A veces canta en bares.

LAS MALAS

Todas íbamos a ser reinas.

GABRIELA MISTRAL

Es profunda la noche: hiela sobre el Parque. Árboles muy antiguos, que acaban de perder sus hojas, parecen suplicar al cielo algo indescifrable pero vital para la vegetación. Un grupo de travestis hace su ronda. Van amparadas por la arboleda. Parecen parte de un mismo organismo, células de un mismo animal. Se mueven así, como si fueran manada. Los clientes pasan en sus automóviles, disminuyen la velocidad al ver al grupo y, de entre todas las travestis, eligen a una que llaman con un gesto. La elegida acude al llamado. Así es noche tras noche.

El Parque Sarmiento se encuentra en el corazón de la ciudad. Un gran pulmón verde, con un zoológico y un Parque de diversiones. Por las noches se torna salvaje. Las travestis esperan bajo las ramas o delante de los automóviles, pasean su hechizo por la boca del lobo, frente a la estatua del Dante, la histórica estatua que da nombre a esa avenida. Las travestis trepan cada noche desde ese infierno del que nadie escribe, para devolver la primavera al mundo.

Con este grupo de travestis también está una embarazada, la única nacida mujer entre todas. Las demás, las travestis, se han transformado a sí mismas para

serlo. En la comarca de travestis del Parque, ella es la diferente, esa mujer embarazada que repite desde siempre el mismo chiste: tomar por sorpresa la entrepierna de las travestis. Ahora mismo lo hace y todas ríen a carcajadas.

El frío no detiene la caravana de travestis. Una petaca de whisky va de mano en mano, papeles de cocaína visitan una a una todas las narices, algunas enormes y naturales, otras pequeñas y operadas. Lo que la naturaleza no te da, el infierno te lo presta. Ahí, en ese Parque contiguo al centro de la ciudad, el cuerpo de las travestis toma prestado del infierno la sustancia de su hechizo.

La Tía Encarna participa del aquelarre con un entusiasmo feroz. Está exultante después de la merca. Se sabe eterna, se sabe invulnerable como un antiguo ídolo de piedra. Pero algo que viene de la noche y del frío convoca su atención, la separa de sus amigas. Desde la espesura algo la llama. Entre las risas y el whisky que viene y que va de una boca pintada a otra, entre los bocinazos de los que pasan buscando un turno de felicidad con las travestis, La Tía Encarna distingue un sonido de otra procedencia, emitido por algo o alguien que no es como el resto de las personas que aquí vemos.

Las otras travestis siguen la ronda sin prestar atención a los movimientos de Encarna. Anda desmemoriada La Tía, cuenta una y otra vez las mismas viejas anécdotas. Las cosas más recientes y cercanas no tienen lugar en su memoria. Llega un momento de la vida en que ningún recuerdo está a salvo. Desde entonces anota todo en cuadernitos, pega notas en la puerta de la heladera, como una manera de ganarle al olvido. Algunas piensan que

está volviéndose loca, otras creen que ha dejado de recordar por cansancio. Muchos golpes ha padecido La Tía Encarna, botines de policías y de clientes han jugado al fútbol con su cabeza y también con sus riñones. Los golpes en los riñones la hacen orinar sangre. De manera que nadie se inquieta cuando se va, cuando las deja, cuando responde a la sirena de su destino.

Se aleja un poco desorientada, hostigada por los zapatos de acrílico que a sus ciento setenta y ocho años se sienten como una cama de clavos. Camina con dificultad por la tierra seca y el yuyal bravo que crece al descuido, cruza la avenida del Dante como un silbido hacia la zona del Parque donde hay espinas y barrancas y una cueva en la que las maricas van a darse besos y consuelo, y que han apodado La Cueva del Oso. A unos metros está el Hospital Rawson, el hospital que se encarga de las infecciones: nuestro segundo hogar.

Zanjas, abismos, arbustos que lastiman, borrachos masturbándose. Mientras La Tía Encarna se pierde entre los matorrales, comienza a suceder la magia. Las putas, las parejas calientes, los levantes fortuitos, aquellos que logran encontrarse en ese bosque improvisado, todos dan y reciben placer dentro de los autos estacionados a la bartola, o echados entre los yuyos, o de pie contra los árboles. A esa hora, el Parque es como un vientre de gozo, un recipiente de sexo sin vergüenza. No se distingue de dónde provienen las caricias ni los lengüetazos. A esa hora, en ese lugar, las parejas están cogiendo.

Pero La Tía Encarna persigue algo así como un sonido o un perfume. Nunca es posible saberlo cuando se la ve ir detrás de algo. Paulatinamente, eso que la

ha convocado se revela: es el llanto de un bebé. La Tía Encarna tantea en el aire con los zapatos en la mano, enterrándose en la inclemencia del terreno para verlo con sus propios ojos.

Mucha hambre y mucha sed. Eso se siente en el clamor del bebé y es la causa de la tribulación de La Tía Encarna, que se adentra en el bosque con desesperación porque sabe que en algún lugar hay un niño que sufre. Y en el Parque es invierno y la helada es tan fuerte que congela las lágrimas.

Encarna se acerca a las canaletas donde se esconden las putas cuando ven acercarse las luces de la policía y por fin lo encuentra. Unas ramas espinosas cubren al niño. Lloro con desesperación, el Parque parece llorar con él. La Tía Encarna se pone muy nerviosa, todo el terror del mundo se le prende a la garganta en ese momento.

El niño está envuelto en una campera de adulto, una campera inflable verde. Parece una lora con la cabeza calva. Cuando intenta sacarlo de su tumba de ramas se clava espinas en las manos y las pinchaduras comienzan a sangrar, tiñen las mangas de su blusa. Parece una partera metiendo las manos dentro de la yegua para extraer al potrillo. No siente dolor, no repara en los cortes que le hacen esas espinas. Continúa apartando ramas y finalmente rescata al niño que aúlla en la noche. Está cagado entero, el olor es insoportable.

Entre las arcadas y la sangre, La Tía Encarna lo sujeta contra el pecho y comienza a llamar a los gritos a sus amigas. Sus gritos deben viajar hasta el otro lado de la avenida. Es difícil que la escuchen.

Pero las travestis perras del Parque Sarmiento de la ciudad de Córdoba escuchan mucho más que cualquier vulgar humano. Escuchan el llamado de La Tía Encarna porque huelen el miedo en el aire. Y se ponen alerta, la piel de gallina, los pelos erizados, las branquias abiertas, las fauces en tensión.

—¡Travestis del Parque! ¡Vengan! ¡Vengan que he encontrado algo! —grita.

Un niño de unos tres meses abandonado en el Parque. Cubierto con ramas, dispuesto así para que la muerte hiciera con él lo que quisiera. Incluso los perros y los gatos salvajes que viven ahí: en todas partes del mundo los niños son un banquete.

Las travestis se acercan con curiosidad, parecen una invasión de zombies acercándose hambrientas a la mujer con el bebé en brazos. Una se lleva las manos a la boca, unas manos tan grandes que podrían cubrir el sol entero. Otra exclama que el niño es precioso, una joya. Otra inmediatamente se vuelve sobre sus pasos y dice:

—Yo no tengo nada que ver, yo no vi nada.

—Así son —responde otra, queriendo decir: así son estos putos bigotudos cuando el zapato aprieta.

—Vamos a tener que llamar a la policía —dice una.

—¡No! —grita La Tía Encarna—. ¡A la policía no! No se puede llevar a un niño con la policía. ¡No hay castigo peor!

—Pero es que no lo podemos tener —argumenta una voz que apela a la razón.

—El niño se queda conmigo. Se va a casa con nosotras.

—¿Pero cómo lo vas a llevar, si está todo cagado y lleno de sangre?

—Adentro de la cartera. Cabe entero.

Las travestis caminan desde el Parque hasta la zona de la terminal de ómnibus con una velocidad sorprendente. Son una caravana de gatas, apuradas por las circunstancias, con la cabeza muy baja, ese gesto que las vuelve invisibles. Van a la casa de La Tía Encarna, la pensión más maricona del mundo, que a tantas travestis ha acogido, escondido, protegido, asilado en momentos de desesperanza. Van ahí porque saben que no se podría estar más a salvo en ningún otro lugar. Llevan al niño en una cartera.

Una de ellas, la más joven, se anima a decir en voz alta lo que todas se han comunicado ya con el pensamiento:

—Está frío para dormir en el calabozo.

—¿Qué decís? —pregunta La Tía Encarna.

—Nada, eso: que está frío para dormir en el calabozo. Y más por secuestrar a un bebé.

Yo voy muerta de miedo. Camino detrás de ellas casi corriendo. La visión del niño me ha vaciado por dentro. Es como si de repente no tuviera órganos ni sangre ni huesos ni músculos. En parte es el pánico y en parte la determinación, dos asuntos que no siempre van de la mano. Las chicas están nerviosas, de sus bocas salen vapor y suspiros de miedo.

Ruegan a todos los santos que el niño no despierte, que no llore, que no grite como gritaba hace un momento en el Parque, como un chanco en el matadero. Se cruzan en el camino con autos conducidos por bo-

rrachos que les gritan barbaridades, patrulleros que bajan la velocidad al verlas, estudiantes trasnochados que salen a comprar cigarrillos.

Tan sólo con agachar la cabeza las travestis logran el don de la transparencia que les ha sido dado en el momento de su bautismo. Van como si meditaran y reprimieran el miedo a ser descubiertas. Porque, ¡ah!, hay que ser travesti y llevar a un recién nacido ensangrentado adentro de una cartera para saber lo que es el miedo.

Llegan a la casa de La Tía Encarna. Un caserón de dos plantas pintado de rosa que parece abandonado y las recibe con los brazos abiertos. Entran por un pasillo sin decorar y van directamente al patio, rodeado de puertas de vidrio por las que asoman rostros de travestis con muchísima curiosidad en la mirada. De las habitaciones de arriba llega una voz en falsete que canta una triste canción que se extingue con el alboroto. Una de las muchachas prepara un fuentón, otra corre a la farmacia de turno por pañales y leche en polvo para recién nacidos, otra busca sábanas y toallas limpias, otra enciende un porro. La Tía Encarna le habla al niño en voz muy baja, inicia la letanía, le canta bajito, lo embruja para que deje de llorar. Desnuda al niño, se quita ella también el vestido cagado y así, medio desnuda junto a sus amigas, lo bañan sobre la mesa de la cocina.

Algunas se atreven a bromear, a pesar de estar con el culo fruncido, como quien dice, por ese delirio de llevarse al niño con ellas. De rescatarlo y quedárselo como una mascota. Comienzan a preguntarse cómo se llamará, de dónde habrá salido, quién habrá sido la mala madre que lo abandonó en el Parque. Una se atreve a

decir que, si la madre tuvo el coraje de tirarlo así a una zanja, seguramente no le había puesto nombre. Otra dice que tiene carita de llamarse El Brillo de los Ojos. Otra la hace callar por poética y les recuerda que hay peligro.

La policía va a hacer rugir sus sirenas, va a usar sus armas contra las travestis, van a gritar los noticieros, van a prenderse fuego las redacciones, va a clamar la sociedad, siempre dispuesta al linchamiento. La infancia y las travestis son incompatibles. La imagen de una travesti con un niño en brazos es pecado para esa gentuza. Los idiotas dirán que es mejor ocultarlas de sus hijos, que no vean hasta qué punto puede degenerarse un ser humano. A pesar de saber todo eso, las travestis están ahí acompañando el delirio de La Tía Encarna.

Eso que sucede en esa casa es complicidad de huérfanas.

Una vez limpio el niño y enrollado en una sábana como un canelón, La Tía Encarna suspira y descansa en su cuarto, adornado como la habitación de un sultán. Todo es verde allí, la esperanza está en el aire, en la luz. Esa habitación es el lugar donde la buena fe nunca se pierde.

Poco a poco la casa va quedando en silencio. Las travestis se han retirado, unas a dormir, otras a la calle nuevamente. Yo me tiro a dormir en un sillón en el comedor. Le han dado una mamadera al niño muerto de hambre y se han cansado de mirarlo, de ensayar nom-

bres, de adjudicarse parentescos. Cuando se cansó de llorar, el niño se dedicó a mirarlas, con una curiosidad inteligente, directo a los ojos de cada una. Eso les había causado impresión, nunca se sintieron miradas de esa forma.

La casona rosa, del rosa más travesti del mundo (en cada ventana hay plantas que se enredan con otras plantas, plantas fértiles que dan flores como frutos, donde las abejas danzan), se ha vuelto silenciosa de repente, para no asustar al niño. La Tía Encarna desnuda su pecho ensiliconado y lleva al bebé hacia él. El niño olfatea la teta dura y gigante y se prende con tranquilidad. No podrá extraer de ese pezón ni una sola gota de leche, pero la mujer travesti que lo lleva en brazos finge amamantarlo y le canta una canción de cuna. Nadie en este mundo ha dormido nunca realmente si una travesti no le ha cantado una canción de cuna.

María, una sordomuda muy joven y un tanto enclenque, pasa a mi lado como un súcubo y abre la puerta de Encarna sin preguntar, pero con muchísima delicadeza, y se encuentra con aquel cuadro. La Tía Encarna amamantando con su pecho relleno de aceite de avión a un recién nacido. La Tía Encarna está como a diez centímetros del suelo de la paz que siente en todo el cuerpo en aquel momento, con ese niño que drena el dolor histórico que la habita. El secreto mejor guardado de las nodrizas, el placer y el dolor de ser drenadas por un cachorro. Una dolorosa inyección de paz. La Tía Encarna tiene los ojos derribados hacia atrás, un éxtasis absoluto. Susurra, bañada en lágrimas que resbalan por sus tetas y caen sobre la ropa del niño.

Con los dedos unidos en montoncito, María le pregunta qué hace. Encarna contesta que no sabe qué es lo que está haciendo, que el niño se le ha prendido a la teta y ella no tuvo el coraje para quitársela de la boca. María, la Muda, se cruza los dedos sobre el pecho, le da a entender que no puede amamantar, que no tiene leche.

—No importa —responde La Tía Encarna—. Es un gesto nada más —le dice.

María niega con la cabeza, reprobando, y con la misma delicadeza cierra la puerta de la habitación. En la oscuridad se golpea los dedos del pie con la pata de una mesa y se tapa la boca para no gritar. Los ojos se le llenan de lágrimas. Al verme en el sillón, me señala el cuarto de La Tía y con el mismo dedo se dibuja círculos en la sien, para decirme que Encarna se ha vuelto loca.

Un gesto nada más. El gesto de una hembra que obedece a su cuerpo, y así el niño queda unido a esa mujer, como Rómulo y Remo a Luperca.

Desde el sillón que me han concedido para dormir esta noche, recuerdo lo que se dijo siempre en mi casa sobre mi nacimiento. Mi mamá estuvo dos días en trabajo de parto, sin poder dilatar y sin soportar los dolores. Los médicos se negaban a realizar una cesárea, hasta que mi papá amenazó de muerte al doctor encargado del asunto. Le puso una pistola en la sien y le dijo que, si no operaba a su mujer para que naciera el niño, estaría muerto antes de terminar la noche.

Eso fue lo que dijeron de mí después: que había nacido bajo amenaza. Mi papá repetiría conmigo la misma actitud, una y otra vez, a partir de entonces. Todo lo que me diera vida, cada deseo, cada amor, cada decisión tomada, él la amenazaría de muerte. Mi mamá, por su parte, decía que desde mi nacimiento debía tomar lexotanil para dormir. Esa habrá sido la razón de su desgano, de su pasividad ante la vida de su hijo. Todo lo contrario de lo que sucede ahora detrás de esa puerta, en el cuarto que continúa con la luz encendida. Un resplandor verde enceguece a la muerte y la amenaza con vida. Le advierte que debe retroceder, olvidarse del niño encontrado en el Parque, le advierte que ya no tiene jurisprudencia en esa casa.

Desde mi sillón, cubierta con los abrigos de las otras travestis de la casa, me duermo con la canción de cuna que Encarna entona para el niño. El relato mil veces escuchado de mi doloroso nacimiento se diluye como el azúcar en el té. En esa casa travesti, la dulzura puede hacer todavía que la muerte se amedrente. En esa casa, hasta la muerte puede ser bella.

Si alguien quisiera hacer una lectura de nuestra patria, de esta patria por la que hemos jurado morir en cada himno cantado en los patios de la escuela, esta patria que se ha llevado vidas de jóvenes en sus guerras, esta patria que ha enterrado gente en campos de concentración, si alguien quisiera hacer un registro exacto de esa mierda, entonces debería ver el cuerpo de La Tía

Encarna. Eso somos como país también, el daño sin tregua al cuerpo de las travestis. La huella dejada en determinados cuerpos, de manera injusta, azarosa y evitable, esa huella de odio.

La Tía Encarna tenía ciento setenta y ocho años. La Tía Encarna tenía cortaduras de todo tipo, hechas por ella misma en la cárcel (porque siempre es mejor estar en enfermería que en el corazón de la violencia) y también fruto de peleas callejeras, clientes miserables y ataques sorpresivos. Incluso tenía una cicatriz en la mejilla izquierda que le daba un aire ruin y misterioso. Sus tetas y sus caderas cargaban unos moretones eternos, a causa de las palizas recibidas cuando había estado detenida, incluso en tiempos de los milicos (ella juraba que en la dictadura había conocido la maldad del hombre cara a cara). No, me retracto: esos moretones eran por el aceite de avión con el que había moldeado su cuerpo, ese cuerpo de *mamma* italiana que le daba de comer, pagaba la luz, el gas, el agua para regar aquel patio hermosamente dominado por la vegetación, aquel patio que era la continuación del Parque, tal como el cuerpo de ella era la continuación de la guerra.

La Tía Encarna había llegado a Córdoba muy joven, cuando todavía se podía navegar en bote el río Suquía sin enterrarse en la basura. Se había rodeado de travestis toda su vida. Nos defendía de la policía, nos daba consejos cuando nos rompían el corazón, quería emanciparnos del chongo, quería que nos liberásemos. Que no nos comiéramos el cuento del amor romántico. Que nos ocupáramos de otros business, nosotras las emancipadas del capitalismo, de la familia y de la seguridad social.

Su instinto materno era teatral, pero dominaba su carácter como si fuera auténtico. Exageraba como una madre, controlaba como una madre, era cruel como una madre. Tenía el umbral de la ofensa muy bajo y se resentía con facilidad.

En Formosa se había acollarado a un camionero chaqueño con el que habían comenzado bien la historia. Ella era joven, recitaba de memoria poemas de Gabriela Mistral y juraba que su sueño era ser maestra rural, pero los camiones eran su vida. «Ser puta de camiones es otra historia, es otro el paisaje. Los camioneros son tipos importantes en el camino, son cosa seria», decía. Incluso en Córdoba, ya tranquila, instalada en el Parque, alejada voluntariamente y para siempre del pasado, muchas veces retornaba a los pueblos de la ruta donde los camioneros hacían sus paradas.

Se había inyectado aceite de avión en las tetas, en las nalgas, en las caderas y en los pómulos. Decía que, además de ser económico, resistía mejor las embestidas. Pero las zonas inyectadas se le habían llenado de unos moretones desagradables y el líquido se había desplazado en cualquier dirección, dejándola llena de bultos y pozos como la superficie lunar. Por eso se obligaba siempre a trabajar con la luz muy baja.

En la rodilla izquierda tenía dos feas cicatrices de balazos, que así como habían entrado habían salido, y en los días de lluvia era frecuente verla ir rengueando hasta la cocina por un vaso de agua para tomar un analgésico, porque el dolor la hacía temblar.

Los días de lluvia eran una fiesta: no se salía a trabajar. O, si ya habíamos salido y se largaba el chaparrón,

nos tomábamos entre todas un taxi a su pensión. En el camino los taxistas se descostillaban de la risa con nosotras, había que oírlos reír en ese momento para darnos cuenta de que éramos realmente divertidas, valiosas, que hacíamos cosas buenas también.

Jugábamos a las cartas, mirábamos películas porno o alguna novela en la televisión, aconsejábamos a las nuevas. Luego de la llegada del bebé, también nos volvimos expertas en la niñez. Pero guardábamos el secreto. María, la sordomuda, se encargaba de cuidarlo cuando la madre adoptiva tenía que hacer alguna diligencia. Nadie debía saber que en la casa había un niño. Así era nuestro grado de inconsciencia. Pero también de responsabilidad. Sabíamos que, en cualquier otro lugar, ese niño no recibiría afecto, sencillamente, y en casa de La Tía Encarna era amado.

Finalmente lo habíamos bautizado luego de una votación democrática. Por mayoría, elegimos llamarlo El Brillo de los Ojos. Y estaba muy bien llamarlo así, porque La Tía Encarna, y todas en realidad, recuperábamos el brillo en la mirada cuando estábamos con él.

De manera que, apenas entrar a aquella casona rosa, preguntábamos: «¿Dónde está El Brillo de los Ojos?» e íbamos a alzarlo y decíamos: «Qué bonito El Brillo de los Ojos», o hablando entre nosotras decíamos: «Cuando El Brillo de los Ojos sea grande», y era un lenguaje muy nuestro. A veces simplemente preguntábamos dónde estaba María y alguna respondía: «Ahí, hablándole al Brillo de los Ojos», y nos asomábamos y nos parecía asombrosa la velocidad de las manos de María

para hablarle al niño, que la miraba embobado y le devolvía el brillo a su mirada.

El Brillo de los Ojos era moreno, macizo, con los ojitos rasgados como un chino triste. A medida que pasaban los días iba poniéndose fuerte, lloraba menos, se atrevía a sonreírnos. Yo colaboraba con canciones, lo dormía en mis brazos. «Vaya con la tía Camila», decía La Tía Encarna cuando se cansaba de tenerlo en brazos, y me lo entregaba y yo me lo llevaba a pasear por la casa. A veces me sentaba en la terraza y pensaba: un niño, un esposo, una casa, un patio, flores en las macetas, una biblioteca, recibir a los amigos el fin de semana, dejar la prostitución, reconciliarme con mis padres.

Los días de lluvia también eran una fiesta en mi infancia, en Mina Clavero, el pueblo testigo de cómo empecé a convertir el cuerpo del hijo de un matrimonio de buscavidas en una travesti.

Cuando llovía en verano y podía quedarme en mi casa y no ir a trabajar. Por haber nacido en la pobreza, yo estaba destinada a trabajar. «Tiene que aprender a ganarse la vida desde chiquito», decía mi papá. Y me colgaba del hombro una conservadora llena de helados y me mandaba a la costanera del río a venderlos. La palabra era vergüenza. No podía sentir una vergüenza mayor que esa: la constatación de la pobreza. Mendigar a la gente para que me compraran helados, aprendiendo ya entonces las astucias del comercio que después pondría en práctica para vender mi cuerpo: decir lo que los

clientes quieren oír. En ese maldito pueblo con ese maldito río.

Por eso la lluvia siempre será una bendición. Porque cuando llovía no tenía que ir a la costanera, a vender helados a los turistas, que eran y son lo peor que ha existido alguna vez. Como en casa éramos pobres, el trabajo infantil era una cosa muy digna, y yo trabajaba para pagar el uniforme del colegio, los útiles, mientras mis compañeros de escuela estaban de vacaciones. A los nueve años, soportaba la lástima con que los turistas miraban al pobre niño maricón que vendía helados, los progresistas que pensaban que estaba siendo explotado, como aquel muchachote que un día me invitó a meterme en su carpa y me mostró su pito enorme, duro, perfecto, y me preguntó si me gustaba y yo le dije que sí, y él me invitó a acariciarlo pero con cuidado porque mordía, y yo dejé a un costado la caja de telgopor llena de helados y él me dijo que sacara uno y untara su pito, y mi boca se congeló y me dio miedo y el sabor no me gustó, y todo se volvió un desastre porque el helado había chorreado sobre su pubis y lo había dejado pegajoso, entonces él me dijo que no servía para nada, que era algo que escuchaba con frecuencia de boca de mi papá, y me echó de la carpa diciendo que ni se me ocurriera abrir la boca, y yo me alejé del río contando los pocos billetes que había ganado con los helados y volví a casa fingiendo que estaba enfermo. Y, efectivamente, sólo con decir esas palabras la fiebre subió y pude quedarme en cama tres días recordando el olor a humedad dentro de la carpa, el perfume del chongo, su pene hermoso y el sabor horrible que

yo no me explico todavía por qué nos gusta tanto si sabe tan insípido.

«Las pijas no tienen gusto a nada», decía La Tía Encarna. Te acariciaba y te decía: «Agachá la cabeza cuando quieras desaparecer, pero mantené la frente alta el resto del año, nena». Y era como una madre, como una tía, y todas nosotras estábamos de pie ahí, en su casa, mirando al niño robado al Parque, en parte porque ella nos había enseñado a resistir, a defendernos, a fingir que éramos amorosas personas castigadas por el sistema, a sonreír en la cola del supermercado, a decir siempre gracias y por favor, todo el tiempo. Y perdón también, mucho perdón, que es lo que a la gente le gusta escuchar de las putas como nosotras.

Así que, desde que conocí a La Tía Encarna, yo tomé por costumbre mentirle mucho al vulgo y le digo por favor y gracias a cualquiera, y perdón también, en todos los colores, y la gente se siente bien y te deja de molestar por un momento.

Cada perrada de la gente es como un dolor de cabeza que dura días. Una migraña potente que no se aminora con nada. Todo el día los insultos, la burla. Todo el tiempo el desamor, la falta de respeto. Las avivadas criollas de los clientes, las estafas, la explotación de los chongos, la sumisión, la estupidez de creernos objetos de deseo, la soledad, el sida, los tacones de los zapatos que se quiebran, las noticias de las muertas, de las asesinadas, las peleas dentro del clan, por hombres,

por chismes, por dimes y diretes. Todo eso que parece no detenerse nunca. Los golpes, por encima de todo lo demás, los golpes que nos da el mundo, a oscuras, en el momento más inesperado. Los golpes que venían inmediatamente después de coger. Todas habíamos pasado por eso.

La Tía Encarna nos decía que lo menos importante del mundo era el pene de los hombres. Que nosotras teníamos el nuestro propio entre las piernas y bien podíamos agarrarnos de él cuando atravesáramos momentos de carne débil. Que había que trabajar para nosotras, no para pagarle ningún caprichito al chongo. Y que, cuando nos acostáramos con un garrón (así les decíamos a los que nos cogíamos por gusto y no por dinero), le hiciéramos pagar de alguna manera por nuestro cuerpo.

También nos decía que la pena era muy honda a los ciento setenta y ocho años. A veces sentía que las piernas le pesaban como bolsas de cemento, que los órganos se le volvían de piedra dentro del cuerpo y el corazón se le iba poniendo duro y en desuso. Lloraba por los límites a los que estábamos confinadas. También se lamentaba de las injusticias. Como en el caso de María la Muda, a quien prácticamente había resucitado, cuando la encontró, acurrucada en un tacho de basura, desnutrida, cubierta de piojos, y se la llevó a vivir con ella. Le había dado una familia, las travestis más viejas fueron las madrinas, el bautismo fue como una película neorrealista.

A los trece años, luego de una semana en aquella casona rosa, María había sido bautizada como travesti. La ceremonia fue en el patio. Mientras comían turrón

y tomaban sidra, la flor de uno de los cactus se había abierto de golpe, ahí, delante de los ojos de todas, y empezó a despedir un olor a carne podrida que las dejó desconcertadas. Una de ellas preguntó en voz alta cómo podía ser que una flor oliera de esa forma, y otra que era una sabionda contestó que algunas flores son polinizadas por las moscas y por eso tienen que oler a carne podrida: para atraerlas. Pero no por eso dejan de ser hermosas y magnéticas, capaces de dejar mudas a un grupo de travestis que ejercen su íntimo ritual de bautismos y fidelidades.

Aquella fue la era de las flores en nuestro clan, a pesar de la condena a muerte de la que éramos víctimas. Fue la era de olernos entre nosotras como perras y polinizarnos. La llegada del Brillo de los Ojos había convertido nuestro resentimiento en ansia de mejorar. La Tucu se fue a anotar en un secundario para adultos, porque no se quería morir sin llevarle a la madre el diploma y decirle: «Mirá, acá tenés, ¿ves que pude hacer algo por mí?». Pero la habían tratado tan mal en la escuela donde se inscribió que después de su primer día de clase había aparecido llorando por el Parque y se había puesto a gritar que esa noche iba a coger sin forro hasta hartarse, total nada importaba nada. La Tía Encarna le había sobado la cara a cachetadas esa noche y la había mandado a la pensión a descansar.

La cura para todos nuestros males era el descanso. Para cualquier enfermedad del cuerpo o del alma, La Tía Encarna recetaba reposo. Era el regalo más grande que jamás nos había hecho alguien en la vida: dejarnos descansar y ocuparse ella de la vigilia.

Orbitábamos a su alrededor. En su casa siempre había algo para comer y, como en ese entonces pasábamos hambre seguido, ella nos recibía con los brazos abiertos y el pan sobre la mesa. Yo hacía de día una vida de estudiante mediocre, y era mucha la pobreza, ahora puedo decirlo, era mucho el hambre. El hecho de alimentarse solamente con pan deforma el cuerpo, lo pone triste. La ausencia de color en la comida es triste y desmoralizadora. Pero en la casa de La Tía Encarna las alacenas estaban siempre llenas; si te faltaba algo, ella te lo daba: harina, azúcar, aceite, yerba, lo que no podía faltar en ninguna casa. Y a todas nos decía que tampoco podía faltar en nuestra pieza una imagen de la Virgen del Valle, que era morena y rebelde y tan poderosa que torcía destinos.

